

habian propuesto de volverse lo mas pronto á su reynecito feudal y quedarse allí , aunque se presentase contra ella acusacion de sustraerse á la justicia. Viendo el rey que la discusion se alagarba demasiado , dijo sonriéndose á la condesa que si se detenian mas tiempo , temia concibiese algunos zelos la reina, y tomándola de la mano trató de llevarla otra vez al salon. Era imposible que ella se resistiera, y llegó á los salones donde casi al mismo tiempo ocurió un suceso de que se hablará en el capítulo siguiente.

---

**CAPITULO X.**

Si, señores, yo soy ; fresco y dispuesto,  
Con ojo pronto, aunque de cuerpo chico  
Y si dijese alguno lo contrario,  
Que alce este guante, y se las habrá conmigo.  
*Querrela de Jehan de Saintré.*

Luego que llegó el rey con la condesa de Derby á los cuartos donde se hallaba la corte , la suplicó en voz baja , antes de separarse , que se dejara gobernar por consejos prudentes y que mirara por su seguridad , retirándose despues con mucha calma , como para prestar atencion á los demas cortesanos.

Estaban muy ocupados entonces con la llegada de cinco ú seis músicos, de los cuales era uno Aleman, protegido del duque de Buckingham, célebre por su talento en tocar el violon, pero se habia detenido en la antecámara por el paso lento con que andaba el criado que traia el instrumento y que acababa de llegar entonces.

El criado que puso la caja cerca del músico, se mostró muy satisfecho de haber dejado la carga y se retiró poco á poco, como si tuviese curiosidad por saber qué clase de instrumento podia pesar tanto. Quedó cumplido su deseo de un modo muy raro, porque mientras que se miraba el músico las faltriqueras, al parecer en busca de la llave de la caja arrimada junto á la pared, se abrió de pronto y se vió salir de ella al enano Geoffrey Hudson.

A la vista de un ente tan raro, y tan de repente introducido, las damas dieron grandes gritos retirándose al otro extremo del salon, y los cortesanos hicieron un movimiento de sorpresa. El pobre Aleman que vió salir de la caja una figura tan extraña, concibió tal

terror, que le hizo dar por tierra, creyendo acaso que su instrumento habia padecido tan singular trasformacion. No tardó sin embargo en volver á su acuerdo y, aprovechando el primer momento de confusion, se deslizó fuera del cuarto, y sus camaradas tambien se fueron tras él.

—Hudson, exclamó el rey, me alegro de verte, amiguito mio, aunque Buckingham, á quien sospecho autor de esta sorpresa, no nos ha contado mas que un cuento sabido.

— ¿Dignarás Vuestra Magestad de concederme su atencion por un momento?

— Sí, amigo, sin duda, dijo el rey. Nos llueven esta tarde los conocimientos antiguos, y no podemos emplear mejor el tiempo de recreo que en oír lo que nos digan. Es una ocurrencia muy tonta la que ha tenido Buckingham, dijo el rey al oído á Ormond en presentarnos aquí este pobrecillo buen hombre, sobre todo el día mismo en que ha sido puesto en juicio por la gran conspiracion. A mas de que él no viene á pedirnos proteccion, pues que ha tenido la rara fortuna de salir libre y sin costas de la

conspiracion \*. Supongo que vendrá para pescar alguna pensioncilla ó dádiva. El enano que conocia la etiqueta de la corte , pero que no tenia paciencia, viendo lo que el rey tardaba en oirle, estaba de pie en medio del salon como una jaca escocesa, á quien su ardor le hace encabritarse y brincar como un caballo de batalla; daba vueltas al sombrerito adornado con una pluma maltratada, é inclinándose de tiempo en tiempo como para pedir se le oyese. — Habla pues, amigo, habla, dijo Carlos. Si te se ha preparado alguna alocucion poética, despáchate á pronunciarla, para que tus miembrecillos reposen cuanto antes.

— Yo no tengo ningun discurso poético que dirigiros, soberano muy poderoso, respondió el enano, sino en sencilla y leal prosa acuso ante toda esta sociedad al noble duque de Buckingham como reo de alta traicion.

— ¡Grandemente! eso es hablar como un hombre. Prosigue, dijo el rey, persuadido de

\* *Plotfree*. Palabra adoptada entonces. — ED.

que este discurso no era mas que una introduccion para cierta cosa burlesca, ó ingeniosa, y no teniendo la menor idea de que tal acusacion se hubiese hecho con formalidad.

Oyéronse grandes carcajadas de risa entre los cortesanos que habian oido al enano, asi como entre los que se hallaban á larga distancia para oirle: los unos excitados por el tono enfático y los gestos extravagantes del campeoncillo; los otros riendo con tanta mas fuerza cuanto que reian en confianza, y para seguir el ejemplo que se les daba.

— ¿Qué significa pues toda esa algazara? exclamó indignado el pigmeo. ¿Hay motivo para reir porque yo Geoffrey Hudson, caballero, acuso de alta traicion delante del rey y de los nobles del reino, á Jorje Villiers, duque de Buckingham?

— No, por cierto, no hay porque reirse, dijo Carlos procurando aparentar gravedad; pero hay mucho porque admirarse. Vamos, no mas palabrotas ni enfado. Si es una chanza, veamos el fin; si no, ve al aparador y toma

un vaso de vino para refrescar por haber estado preso en aquella caja.

— Yo digo, señor, replicó Hudson impaciente, pero tan bajo que no lo pudiese oír mas que el rey, que si se pasa mucho tiempo en estas chanzas, se convencerá Vuestra Magestad, por una experiencia funesta, de la traición de Buckingham; digo á Vuestra Magestad positivamente que dentro de una hora, vendrán aquí doscientos fanáticos bien armados para sorprender la guardia.

— Señoras, retirense, dijo el rey, ó sino deberán oír mas de lo que quieran. Sábese bien que las chanzas del duque de Buckingham no son siempre las mejores para los oídos de las señoras. Por otra parte tenemos que hablar en particular á nuestro amiguito. Duque de Ormond, Arlington, y llamó además uno ó dos señores de su corte, podeis quedaros aquí.

Retiróse la tertulia alegre de cortesanos de ambos sexos, y se dispersaron por los otros cuartos, los hombres haciendo conjeturas sobre el fin probable de esta aventura, y procurando acertar segun la expresion de Sedley,

qué chanza debia parir la caja del violon; las mugeres admirando y criticando el traje antiguo y el collarin ricamente bordado de la condesa de Derby á quien la reina concedia particulares atenciones.

— Ahora que estamos como amigos, dijo el rey al enano, por Dios explicame lo que todo eso quiere decir.

— Traicion, señor, traicion contra Vuestra Magestad: en tanto que yo estaba encerrado en esa caja, el pícaro del aleman que de ello estaba encargado me llevó á cierta capilla, para ver si todo estaba listo, como yo oí que lo dijeron entre ellos, si, señor, yo he estado hoy donde jamás entró violon alguno, en un conventiculo de hombres de la Quinta Monarquía; y cuando ellos me llevaron, el predicador acababà su discurso diciendo:—he aquí el momento de partir como el manso á la cabeza del rebaño para sorprender á su Magestad en medio desu corte. Yo lo entendí bien todo por las rendijas de la caja, que el pícaro habia puesto un poco por tierra para aprovecharse de esta preciosa doctrina.

— Seria bien singular que en medio de toda esta bufonería, dijo lord Arlington, se hallase algo de realidad. Hemos sabido que esos hombres extraviados han tenido reuniones hoy, y que cinco congregaciones han guardado un ayuno riguroso.

— En ese caso dijo el rey, no hay duda que se hayan resuelto á cometer alguna maldad.

— Si yo debo atreverme á decir lo que siento, dijo el duque de Ormond, es que se mande venir al duque de Buckingham ante Vuestra Magestad. Son conocidas sus relaciones con los fanáticos, aunque procura ocultarlas.

— No querria Vuestra Señoría creerle culpable por semejante acusacion, milor, dijo el rey. Con todo eso, habiendo reflexionado un poco continuó, la inconstancia del duque de Buckingham le hace accesible á toda especie de tentaciones. No me admiraria que se entregase á esperanzas demasiado ambiciosas; aun creo que hemos oido hablar de esto poco tiempo ha. Chiffinch, escucha una palabra. Parte al momento en casa de Buckingham, y traémele aquí bajo el pretexto que mas te acomode. Quisiera

evitarle, lo que los hombres de leyes llaman delito fragante. La corte estaria como muerta si le faltara Buckingham para animarla.

— ¿No manda Vuestra Magestad que monten los guardias de á caballo? preguntó el joven Selby, oficial de este cuerpo.

— No, Selby, respondió el rey, no me gusta este aparato de caballos. Con todo que á la primera señal estén prontos, que el gran baillo avise á sus oficiales de policia; en caso de tumulto repentino, doblar las centinelas á la puerta del palacio y cuidar de que nadie entre.

— Y de que nadie salga, dijo el duque de Ormond. ¿Donde están esos pícaros de extranjeros que han traído el enano?

Se los buscó por todas partes pero inútilmente; se habian retirado dejándose los instrumentos, circunstancia que al parecer hacia sospechoso al duque de Buckingham, su protector declarado.

Hiciéronse de prisa algunos preparativos, para resistir á los esfuerzos á que pudieran entregarse los conspiradores, si algunos habia, y entre tanto el rey retirándose con Ormond,

Arlington y algunos otros consejeros, al gabinete donde habia dado audiencia á la condesa de Derby, continuó preguntando á sir Geoffrey Hudson, cuya declaracion, aunque singular, estaba conforme en todos sus puntos; el estilo romancesco que usaba no era mas que la expresion particular de su genio, que hacia reir muchas veces á costa suya, aunque podia por otra parte compadécersele y aun estimarle.

Comenzó desde luego á darse valor con el relato de los padecimientos que habia sufrido por la conspiracion; y la impaciencia de Ormond le hubiera interrumpido, si el rey no hubiera recordado al duque que la fuerza de rotacion de una peonza se acaba apurándose por sí misma despues de cierto tiempo, pero que si se la sostiene á latigazos, puede durar horas enteras.

Permitióse pues al enano decir todo cuanto tuviese que hablar con respecto á su prision, donde aseguró al rey que no habia estado totalmente privado de consuelo. Una emanacion de bienaventuranza, un rayo de luz, un angel terrestre, una silfida, cuyos ojos eran tan brillantes como su andar ligero, habia venido á

visitarle muchas veces, y habia hecho entrar en su corazon la quietud y la esperanza.

— Como soy, dijo Carlos, se pasa, pues, mejor en Newgate de lo que yo pienso. ¿Quién hubiera creido nunca que este buen hombrecillo hubiera encontrado una muger para consolarle.

— Suplico á Vuestra Magestad crea que este consuelo era puramente espiritual, dijo el enano con mucha seriedad. Mis sentimientos para con esta bella criatura nada tenian de terrestre; eran casi semejantes á la devocion que nosotros, los pobres católicos, tenemos á los santos, y en realidad menos parecia ser de carne y hueso que una silfida del sistema de los Rosa-Cruz; siendo mas ligera, mas cenceña, menos grande que las mugeres ordinarias, cuya talla presenta algo de grosero, que participan sin duda de la raza gigantesca y pecadora de hombres antediluvianos,

— Pues bien, prosigue, dijo Carlos: ¿No has descubierto, despues de todo, que esta silfida no era mas que una simple mortal, una muger obsequiosa?

—¿Quién? dijo el enano. ¡Yo, señor! Oh! ¡Oh!  
 — No te escandalices tanto, amiguito mio, dijo el rey, te prometo que no tengo sospecha de que seas un galan atrevido.

—El tiempo se pasa, dijo el duque de Ormond algo impaciente mirando el relox. Diez minutos hace que partió Chiffinch, y en otros diez habrá ya vuelto.

—Tienes razon, respondió Carlos con gravedad, vamos al caso, Hudson, y veamos qué relacion puede tener esta muger con tu venida aqui de este modo tan raro.

— Una relacion muy directa, señor, replicó Hudson. La he visto dos veces durante mi detencion en Newgate y la miro como el angel de guarda que vela sobre mi vida y mi seguridad; porque despues que me declaró sin culpa el jurado, cuando volvía á la ciudad con dos grandes gentiles hombres, mis amigos, quienes, como yo se hallaron en el apuro, en tanto que nos defendiamos contra una canalla infame que nos atacaba, y cuando acababa de tomar posesion de una situacion elevada que me daba cierta ventaja contra el número, oí el sonido

de una voz celestial que al parecer partía de una ventana que estaba á mi espalda, y que me aconsejaba refugiarme en esta casa, medida que hice adoptar á mis amigos los dos Peverils, que se han mostrado siempre dispuestos á seguir mis consejos.

— Lo que prueba al mismo tiempo su sabiduría y modestia, dijo el rey, pero que sucedió despues, acaba pronto. Cuida de que tu relacion no sea mas larga que tú, hombrecito mio.

— Por algun tiempo, señor, se hubiera dicho que yo no era el principal objeto de atencion. En primer lugar el joven Peveril se fué con un hombre al parecer venerable, aunque olia un poco al puritanismo, con botas de cuero de vaca, y sin nudo en la espada. Cuando volvió el señor Julian, nos informó y supimos por la primera vez que estábamos en poder de un cuerpo de fanáticos armados, maduros á fuerza de funestos atentados, como dice el poeta. Y Vuestra Magestad advertirá que el padre y el hijo estaban poco menos que desesperados, y que contando desde este momento, no tuvieron ningun miramiento á las segurida-